



VAMPYR

CAROLINA ANDÚJAR

GRUPO
EDITORIAL
norma

www.librerianorma.com

Bogotá Barcelona Buenos Aires Caracas
Guatemala Lima México Panamá Quito San José
San Juan San Salvador Santiago de Chile Santo Domingo

Carolina Andújar nació en 1977. Completó su especialización en homeopatía clásica en 2008. *Vampyr* es su primera novela.

© 2009, Carolina Andújar

© 2009, Editorial Norma, S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Susana era uno de ellos. Uno de los *vampyr*, o al menos algo muy parecido a eso. Susana no estaba comiéndose el pájaro... estaba alimentándose de sangre fresca. Corrí al escritorio, cogí la silla y la puse contra la puerta. Mi corazón latía desenfrenadamente. Quité la silla, la devolví a su lugar y empujé el pesado baúl hasta la puerta para bloquearla. No bien lo hube logrado, alguien trató de abrirla. Como el baúl estaba en el camino, hizo mucho ruido y a duras penas si logró mover la puerta un milímetro.

—¿Quién está ahí? —pregunté.

Nadie respondió. Tenía que ser ella. Escuchaba su pesada respiración a través de la puerta.

—¡Vete de aquí, espíritu de los infiernos! —grité.

Empujó la puerta con fuerza, corriendo el baúl un poco.

—¡Abre la maldita puerta, Martina Székely! —dijo Susana.

—¡Nunca! —exclamé, empujando el baúl de nuevo y sentándome sobre él.

Susana seguía tratando de entrar a mi habitación. Parecía tener un gran poder, porque nos movió unos diez centímetros al baúl y a mí. Por la ranura, metió la mano e intentó alcanzarme. Tenía que pensar en algo pronto. Alargué la mano hasta la mesa de noche y tomé la botella de agua bendi-

ta. Mientras trataba de destaparla, Susana le dio un empujón final a la puerta y me tumbó al suelo, asomándose con expresión triunfal. Mi vela daba poca luz, pero era suficiente para mostrarme el rostro más terrorífico que hubiese visto jamás. Sus ojos estaban llenos de odio y desprecio, y el mordaz gesto de su boca revelaba las puntas de dos colmillos afilados. Metió medio cuerpo por la puerta y en ese instante lancé los contenidos del frasco sobre ella desde donde estaba.

—¡Déjame en paz, *vampyr* de los infiernos! —le grité, al tiempo que las gotas de agua bendita le caían encima.

Susana echó la cabeza hacia atrás liberando un grito de dolor que dejó al descubierto toda su dentadura. Nunca había visto colmillos tan largos y filudos. Me incorporé rápidamente y me apoderé de la silla, elevándola de lado por sobre mis caderas. Cuando Susana volvió a mirarme a los ojos, tenía hilos de sangre brotándole de la cara en donde las gotas de agua la habían tocado.

—¡Maldita! —dijo temblando—. ¿Crees que un poco de agua va a detenerme?

Hizo ademán de acercarse a mí y, sin pensarlo dos veces, la golpeé con la silla utilizando todas mis fuerzas. Esto la arrojó contra la mesa pero pareció no hacerle daño alguno. Susana rio con voz baja y ronca.

—¡Auxilio! —grité—. ¡Ayúdenme!

—Nadie puede oírte, Martina. Nadie puede ayudarte.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué es lo que realmente buscas? —grité.

—Tú sabes exactamente qué busco, Martina Székely —dijo.

—¡No! ¡No lo sé! —exclamé, con lágrimas en los ojos.

—Voy a matarte —respondió, acercándose.

“¡Si nadie en Sainte-Marie puede oírme, tal vez Dios pueda ayudarme!”, pensé, tomando el crucifijo y estampándoselo en la mejilla antes de que ella pudiera reaccionar.

Lanzó una manotada en mi dirección y me arañó el cuello y parte del pecho, pero yo seguí sujetando la cruz contra su cara, mientras ella comenzaba a despedir ese peculiar olor a carne quemada. Me agarró del pelo con fuerza y me lanzó contra la ventana. Sus sedientos ojos amarillos estaban húmedos de dolor. Abrió las fauces de par en par y emitió un chillido terrorífico, dando un paso hacia mí. Estaba segura de que iba a atacarme pero, para mi sorpresa, unos ruidos provenientes del vestíbulo captaron su atención y se detuvo. Quizá alguien nos había escuchado, después de todo.

—Al parecer has aprendido de tu amante, estúpida mocosa... —dijo con voz entrecortada, cubriéndose la mejilla con la mano—. Creí que lo que iba a hacerte esta noche sería suficiente... ahora veo

que no lo es. Voy a hacer de tu vida un infierno, y luego sellaré mi venganza brindando con tu sangre. Te recuerdo que quien ríe de último ríe mejor. De momento, voy a dejarte ir sólo para que más adelante desees haber muerto esta noche, antes que sufrir las torturas que te infligiré después, ¡eso te lo juro, maldita! Y en cuanto a lo que busco... ya lo encontraré.

No recuerdo cómo salió Susana del cuarto ni qué pasó después; para cuando dijo sus últimas palabras yo estaba tan aterrorizada y adolorida que me dejé resbalar pesadamente a lo largo del ventanal hasta quedar sentada en el piso, sujetando el crucifijo por encima de mi cabeza. Creo haber perdido el sentido.

Desperté con la campana de la primera llamada al amanecer. Estaba acostada en la cama con las cobijas extendidas sobre mí. Sentí un dolor ardiente en el cuello y, al tocarme con la punta de los dedos, gemí. Me levanté y me miré al espejo. Los arañazos de Susana estaban frescos y se extendían desde la línea de mi mentón hasta la clavícula. Miré alrededor. La puerta estaba cerrada y el baúl estaba en su lugar original. La silla estaba puesta al lado de la mesa, y el frasco de agua bendita, aunque prácticamente vacío, estaba sobre mi mesa de noche. La vela se había consumido. ¿Cómo es que todo estaba en orden? Todavía tenía puesta mi bata. Revisé el bolsillo y encontré el sobre con la nota. Susana no se lo había llevado. Metí la mano dentro de la funda de mi almohada. Palpé la llave que aún estaba allí y sentí un inmenso alivio. De no ser por los arañazos que Susana me había dejado de recuerdo, habría pensado que todo había sido una pesadilla. Me había salvado, una vez más, gracias al crucifijo que Marie me había regalado.

¡Susana era un monstruo! Recordaba la noche anterior a medias, no tenía la noción de haberme metido en la cama. ¿Me habría puesto Susana allí? ¿Me habría mordido? Sentí pánico. Volví a tomar el espejo y me revisé bien el cuello buscando señales de que me hubiese hincado los colmillos en algún momento de la noche. Me miré bien las muñecas y los

tobillos. No parecía haber señales de mordeduras. Me quité la bata y el camisón, utilizando el espejito para examinarme minuciosamente por detrás: no había incisiones por ningún lado. Fuera de los arañazos, estaba intacta. Me lavé bien los rasguños y me apliqué lo poco que quedaba de agua bendita en la botella. Se me ocurrió que podía ayudarme a borrar la huella que había dejado Susana. Ardía bastante. Esperé que los surcos no fueran a infectarse, pues eran bastante profundos. Por fortuna, no estaban sangrando. Me puse el vestido negro de cuello alto y me dejé el pelo suelto para ocultar las marcas que se alcanzaban a ver por debajo del mentón, cerca de la oreja. Me consolé pensando que si Susana me había herido, yo me había defendido bastante bien.

Me puse las medias de lana y las botas, y tomé mis libros. El prospecto de encontrarme con Susana en el salón de clases me parecía terrible, pero eso me serviría para verificar qué tan acertadas eran mis reminiscencias de la noche anterior. Si todo había pasado como lo recordaba, Susana tendría varias pequeñas heridas por toda la cara, y una más grande que las demás en la mejilla donde la había tocado con el crucifijo. Esta vez llevé conmigo cerillos y una vela como medida preventiva, no quería tener que regresar a mi habitación sin luz cuando cayese la noche. Me encontré con Regina en el primer piso, antes de salir del edificio.

—Buenos días, Martina. ¿Qué tal el fin de semana? —me dijo con una sonrisa burlona.

—De maravilla. El solo hecho de no verte hace de un día común una fiesta memorable —le contesté—. Y tú, ¿qué tal la pasaste? —pregunté.

—Tuve un fin de semana excelente. Susana nos ha estado enseñando un baile nuevo que se ha puesto de moda en los salones de Polonia. ¡Qué chica más encantadora es! Y lo mejor de ella es que deja entrever que ni tú ni Carmen le son simpáticas. ¡Lástima! Te pierdes de la amistad de la chica más rica y mejor rodeada de todo Sainte-Marie. Ya me ha invitado a pasar el verano con ella en...

—¿No pensarás ir, verdad? —la interrumpí.

—¡Por supuesto que sí! Me ha dicho que ofrece los mejores banquetes de toda la región. No puedo esperar —replicó.

—Regina, Susana es una... mujer muy extraña. Yo te aconsejaría que no te acercaras demasiado a ella.

—Pues no es más extraña que tú. ¡Tú sí que eres bien rara! Ya me enteré de que te castigaron por tu falta de decoro del viernes. Decías que habías visto al diablo y no sé qué más. ¡Estás loca! Además, ¡tú siempre me has envidiado, y ahora no puedes soportar que Susana me haya elegido a mí como amiga y a ti te desprecie! Pues, lo siento por ti, Martina Székely, pero ya es demasiado tarde para que entres en nuestro exclusivo grupo. Tendrás que resignarte a seguir hablando de árboles y sapos con Carmen mientras que Amalia y yo disfrutamos de lo que es

bueno —dijo, y apuró el paso, dejándome con la palabra en la boca.

Pero, ¡qué lerda era Regina! ¿Cómo no percibía la infinita maldad de Susana Strossner con sólo mirarla? Pensándolo bien, no me extrañaba demasiado que Regina se cegase ante las rarezas de Susana con tal de poder sentirse importante, pero me preocupaba Amalia, quien no era mala persona. Ahora Susana tendría en Regina una fiel aliada para defenderla en lo que fuese... si Susana no la mataba. ¡Tonta Regina! Necesitaba creer que yo la envidiaba y eso le impedía escuchar cualquier advertencia sincera de mi parte. Sabía que perdería el tiempo tratando de demostrarle mis buenas intenciones o contándole lo que me hubiese ocurrido con Susana. Regina rechazaría inmediatamente cualquier cosa que dijésemos Carmen y yo, y mucho más si se trataba de la alumna más prestigiosa de Sainte-Marie, Susana Strossner, quien se había dignado hacerla su amiga. Le pediría a Carmen que tratase de hablar con Amalia, aunque no tenía muchas esperanzas de que lograra abrirle los ojos al respecto de Susana, pues Amalia no parecía tener opiniones personales sino absorber las de Regina.

Atravesé el césped y llegué temprano al salón de clases. Unas pocas chicas habían entrado al salón, y se entretenían hablando. Carmen no estaba aún allí. Me acomodé en mi silla y me recliné sobre la mesa. Estaba muy cansada.

—¡Oye, Martina! —me llamó Josefina Alcofrado, la chica portuguesa, desde el otro extremo del salón—: ¿Qué te ha dicho el demonio?

Todas las chicas que estaban en el salón rieron al unísono. Sara Becker se puso los índices de ambas manos a lado y lado de la cabeza a manera de cuernos, y comenzó a corretear a Josefina, mientras gesticulaba riendo.

—¡Voy a llevarme tu alma, Martina! —le decía en son de burla a Josefina.

—¡Ay, no, señor diablo, no sea malito! ¡Vea usted que tengo mi crucifijo bien puesto! —replicó Josefina tratando de imitarme.

—Te está patinando el coco, Martina —me dijo Julieta Osbourne—. Al parecer las historias de Carmen han calado en ti de tal forma que has perdido la razón... ¡aún más que antes!

Las demás alumnas se burlaban, mirándome con sorna. Estaba viviendo las consecuencias del cumpleaños más raro que había tenido en mi vida. En medio de todo, entendía que todas mis compañeras creyeran que había enloquecido. Las cosas que me habían ocurrido no tenían ninguna lógica y yo misma había dudado de mi cordura varias veces en los últimos días. Hubiese querido contarles que el diablo que había visto era, en realidad, Susana Strossner, y que estaba convencida de que ella era el *vampyr* responsable de los ataques a campesinos en las granjas vecinas, pero sólo habría servido para

que me encerrasen. Me mordí el labio para obligarme a guardar silencio.

—¿No dices nada, Martina? —preguntó Josefina Alcofrado.

—Por primera vez se ha quedado sin palabras —dijo Sara—. Sabe que tenemos razón.

—Hace unos minutos Martina intentaba prevenirme en contra de Susana —intervino Regina—. ¿Podéis creer que tuvo la osadía de decir que Susana Strossner es *extraña*? ¡De todas las alumnas de Sainte-Marie, Martina Székely acusando a otra de rarezas! Se nota que tiene celos de Susana.

—El que me consideréis extraña es para mí gran motivo de honra —les dije—. Si tuviese algún rasgo de carácter en común con vosotras me sentaría a llorar amargos lagrimones el día entero. Sois insoportablemente insípidas: decís, pensáis y hacéis exactamente lo mismo. ¿Cómo llegasteis a ser tan insustanciales?

—A Susana le hemos parecido encantadoras —dijo Regina—. Y se ha portado muy bien con todas nosotras. No como Carmen y tú, que hablan en códigos secretos y están llenas de misterios.

—Será precisamente por lo extraña que es Martina que a Susana no le ha caído en gracia. Además, Martina y Carmen recibieron muy mal a la pobre Susana cuando llegó —dijo Josefina.

—Susana Strossner es de lo peor que hay en este internado —dijo Carmen, entrando al salón—. No me arrepiento en lo absoluto del recibimiento que

le di. Es más, si pudiese devolver el tiempo, le habría escupido en la cara.

—Ninguna de vosotras dos debería estar en un lugar como Sainte-Marie —dijo Sara—. No sois dignas de una institución tan distinguida. Deberíais estar ordeñando vacas en alguna granja, con gente burda como vosotras.

Carmen se paró frente a Sara, tasándola con la mirada.

—Preferiría estar entre las vacas del campo que entre las vacas de este salón de clase... Yo de ti procuraría no comer tantos pastelitos, mira que podrían confundirte con ganado cuando te paseas por el jardín. Y deberías abstenerte de hablar de refinamiento, Sara, pues hablas el peor francés que he oído en mi vida y aún no has aprendido a masticar con la boca cerrada. Al menos los paisanos de Valais saben hacer cosas útiles, en vez de rumiar y mugir chismes todo el día, como tú.

No se dijo una palabra más en el salón. Todas sabían que Carmen no tendría ningún reparo en recordarles otras verdades dolorosas si continuaban provocándola. Me guiñó un ojo al pasar por el lado de mi pupitre y fue a sentarse en su puesto.

La señora Riedel no tardó en llegar al salón. Tenía una expresión circunspecta.

—Señoritas —dijo—: lo que tengo que comunicarles es en extremo penoso para mí. Probablemente habrán escuchado rumores de que hay una bestia suelta en los alrededores que ha atacado va-

rias de las granjas que se encuentran en las cercanías de Sainte-Marie...

Hubo un murmullo de agitación, y varias de las alumnas comenzaron a hablar entre ellas.

—Pues bien —continuó—, por desgracia la misma bestia se coló dentro de uno de los edificios de Sainte-Marie durante la noche y atacó a una de nuestras alumnas. Se trata de la recién llegada señorita Strossner.

¡Eso no podía ser! ¡Susana *era* la bestia suelta! Mis compañeras dieron gritos de sorpresa y miedo. Volteé la cabeza y me encontré con los interrogantes ojos de Carmen. ¿Qué estaba pasando?

—¡Silencio! ¡Si-len-cio! —pidió la señora Riedel—. Señoritas, esto no es fácil para ninguna de nosotras, y sobre todo para la señorita Ricci, nuestra directora. Todo parece indicar que la señorita Krumlauf tendrá que marcharse, pues ella era la responsable de cerrar con llave el portón del edificio donde están las habitaciones de Susana y éste amaneció abierto de par en par. Si la puerta hubiese permanecido cerrada, esta tragedia nunca habría ocurrido —dijo, y los ojos se le aguaron.

—¿Cómo está Susana, señora Riedel? —preguntó Regina, consternada.

—Señoritas —habló la señora Riedel con suma seriedad—: Susana Strossner ha... fallecido esta madrugada —al decir esto, rompió a llorar convulsamente.

No podía dar crédito a lo que la señora Riedel había dicho; aquello era demasiado inesperado. ¿Muerta? ¿Susana? ¿Acaso no había estado muerta todo el tiempo desde su llegada a Sainte-Marie? ¿No era, pues, un *vampyr*?

—¡No puede ser! ¡Simplemente no puede ser!
—gritaba Regina.

Amalia lloriqueaba en silencio, Sara gimoteaba diciendo:

—¡Quiero irme a casa! ¿Por qué tuvieron que enviarme mis padres a Sainte-Marie? Éste es un lugar inhóspito y peligroso...

—¿Cómo que ha fallecido? ¿Está usted segura de lo que nos dice? Con esas cosas no se bromea, señora Riedel... —dijo Carmen desde la parte de atrás del salón.

—Estoy segura de lo que afirmo, señorita Miranda —le contestó la señora Riedel entre lágrimas—. Yo misma he visto a la pobrecita... ¡con la cara toda manchada de sangre y un gran mordisco en la mejilla derecha!

El corazón me dio un vuelco en el pecho. ¿Había yo matado a Susana? Nunca había sentido tanto terror en mi vida. Sí, Susana era un demonio... ¡pero yo no quería matar a nadie! ¡Ni siquiera a ella! Comencé a llorar. ¡Yo sólo estaba defendiéndome de ella! ¡Quería que me dejara en paz y que no le hiciera daño a nadie, no matarla! Pero, ¿cómo imaginar que un poco de agua bendita y el contacto con un

crucifijo pudiesen matar a alguien? Si algo, se suponía que los artículos de carácter religioso podían *reanimar* a algunas personas...

—Escribiremos a los padres de Susana a América en cuanto se despejen los caminos. Sólo Dios sabe cuándo recibirán esta terrible noticia... son ellos quienes deben disponer de los restos de la difunta —sollozó la señora Riedel—. Tal vez quieran llevarla de vuelta a Polonia para enterrarla junto a los fallecidos miembros de su ilustre familia. Aún así, se ofrecerá una ceremonia religiosa en su honor durante la misa de la tarde.

—Señora Riedel... ¿dónde la van... a poner? —pregunté.

—La pondremos en la pequeña cripta de la capilla mientras logramos comunicarnos con sus padres —dijo ella, secándose los ojos y la nariz con el pañuelo.